

F. Herbert



**EL DRAGÓN
EN EL MAR**



NOVA
CIENCIA FICCIÓN

Cuatro hombres encerrados en un submarino atómico. Cuatro hombres que persiguen el éxito en una misión en la cual han fracasado ya otras veinte tripulaciones. Cuatro hombres que participan en una guerra del futuro a bordo de un moderno dragón submarino. Cuatro hombres aislados por la insoportable presión del agua y sometidos a las tensiones surgidas de sus propios temores y del inevitable choque de personalidades.

Cuatro hombres. Lo saben todo unos de otros, pero desconocen cuál de ellos es el traidor que va a destruirles y hacer fracasar su misión. EL DRAGÓN EN EL MAR es una brillante exploración psicológica, pero también una interesante y amena novela de aventuras y suspense con la que Frank Herbert inició la carrera de triunfos que le llevó hasta Dune. Un título clásico de la historia de la ciencia ficción.

«Una gran narración de aventuras y una buena especulación psicológica.»

NEIL BARRON (Anatomy of Wonder: A Critical Guide to Science Fiction)

«Una historia irresistible, con un suspense casi insoportable»

THEODORE STURGEON

«Una novela que forma parte de lo mejor de la ciencia ficción»

THE NEW YORK TIMES

PRESENTACIÓN

Frank Herbert es mundialmente conocido por haber escrito Dune. Con ello ha creado una de las novelas más famosas de la ciencia ficción, que se sitúa ya en el mismo nivel de la mítica FUNDACIÓN de Asimov o de las CRÓNICAS MARIANAS de Bradbury. Una encuesta del famoso fanzine estadounidense LOCUS, publicada en agosto de 1987, confirma a esta obra de Herbert como la novela más popular de la ciencia ficción de todos los tiempos.

Sin embargo, la gran fama de DUNE y la desigual calidad de los seis libros de la serie en que se ha convertido, ha ocultado el conocimiento de otras novelas de este autor en las que ha hecho gala de una indudable capacidad para tratar temas clásicos de la ciencia ficción con una seriedad encomiable.

Uno de los temas que más han interesado a Herbert es el de la compleja interrelación psicológica que se establece entre personas encerradas en una nave durante un largo viaje. Éste es precisamente el tema central de EL DRAGÓN EN EL MAR, la novela que hoy presentamos. La nave es, en este caso, un submarino atómico del futuro inmediato, pero también ha sido, en otros libros de Herbert, una nave espacial en un largo viaje sin retorno, como ocurre en DESTINO: EL VACÍO (Ediciones B, Libro Amigo Ciencia Ficción), donde Herbert analiza además la problemática creación de una inteligencia artificial dotada de conciencia.

EL DRAGÓN EN EL MAR fue el primer gran éxito de Frank Herbert. Apareció por entregas en Astounding en 1955 y 1956 y fue su primera novela. Por ella fue firme can-

didato al premio de «autor más prometedor» en el año 1957, precisamente un año en que tal categoría resultó muy reñida. Los principales candidatos fueron Robert Silverberg, Harlan Ellison y el mismo Frank Herbert: nada más y nada menos. Todos ellos se convertirían en autores fundamentales en la ciencia ficción de los años sesenta y setenta. El premio lo obtuvo Silverberg pero la carrera de Herbert dio prueba de lo mucho que ya prometía en *EL DRAGÓN EN EL MAR*. Pocos años después, escribió una obra maestra: *DUNE*.

EL DRAGÓN EN EL MAR se sitúa en una hipotética guerra del siglo XXI entre occidente y el mundo comunista (no hay que olvidar que la novela se escribió en 1955, en plena guerra fría). Varios de los nuevos submarinos atómicos estadounidenses se han perdido en una difícil misión: robar combustible de los depósitos submarinos del enemigo. John Ramsey, psicólogo y especialista en electrónica, formará parte de la tripulación del Fenian Ram en un intento casi desesperado de investigar las causas de tal fracaso.

Se trata, pues, de analizar la problemática convivencia de cuatro hombres encerrados en un submarino atómico y sometidos a las vicisitudes y los peligros de la guerra. Cuatro hombres que se encuentran aislados por la insoportable presión del agua y sujetos a las tensiones surgidas de sus propios temores y del inevitable choque de personalidades.

En realidad, el submarino no es más que el ambiente cerrado en el que tendrá lugar una interesante exploración psicológica. Es evidente la similitud de la situación que se da en un submarino (sometido a la presión positiva del agua en un ambiente externo hostil) y una nave espacial (sometida a la presión negativa de un vacío igualmente hostil), similitud que incluso se comenta en un pasaje de *El dragón en el mar*.

Ésa es pues la razón fundamental de esta novela: un estudio sobre la psicología humana y sus alteraciones cuando

se dan circunstancias excepcionales. John Ramsey deberá descubrir qué significa el concepto mismo de «salud mental» y cómo se hace realidad en el pequeño mundo opresivo, peligroso y cerrado de la reducida tripulación de un submarino.

DUNE y otras obras famosas de Herbert, como LOS CREADORES DE DIOS (NOVA ciencia ficción, núm. 3), han mostrado hasta la saciedad su gran interés por el tema religioso. Por ello no es de extrañar que, ya en esta primera novela, la componente religiosa sea un tema importante en la tortuosa relación entre los miembros de la tripulación. Precisamente ésta es la faceta que, tan sólo apuntada aquí, desarrollaría Herbert con mayor profundidad en otra novela de parecidas características como es la ya citada DESTINO: EL VACÍO.

Pero en EL DRAGÓN EN EL MAR la reflexión se aúna con la diversión. La obra, sin olvidar su interés psicológico, también resulta una amena novela de aventuras y suspense, y como tal ha sido saludada por muchos críticos y comentaristas. Precisamente el tipo de novela que ya indicaba la carrera de triunfos que llevaría a Herbert hasta DUNE.

Para la pequeña historia diré que el original inglés de este libro se reedita continuamente desde su aparición en 1956. En su larga singladura editorial, la novela ha recibido otros títulos como 21st Century Sub en la edición de Avon en 1956 y, el más conocido, Under Pressure a partir de la edición de Ballantine en 1974. Tras varias dudas, patentes incluso en mi propio libro CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA (NOVA ciencia ficción, núm. 28), he preferido finalmente mantener el título original con el cual la novela se hizo famosa hasta que un editor le cambiara la denominación en 1974. Todo sea para bien...

MIQUEL BARCELÓ

Esta historia está dedicada, con todo mi respeto, a los hombres «especiales» del Servicio Submarino de Estados Unidos, que fueron escogidos como tripulantes de los primeros submarinos atómicos.

Una WAVE rubia, secretaria en la mesa de recepción, apartó de su boca el micrófono de la máquina de escribir sónica, y se inclinó hacia el intercomunicador.

—El alférez Ramsey está aquí, señor —dijo.

Se echó hacia atrás y levantó la vista para mirar al oficial pelirrojo que estaba junto a su mesa. En el cuello de su uniforme llevaba la insignia con el zigzag de especialista electrónico sobre las iniciales BP, que correspondían a Bureau de Psicología. Era un hombre alto, de cara redondeada, con el aspecto blandengue que conlleva un exceso de peso. Su cara rojiza estaba llena de pecas, dándole la apariencia de un Tom Sawyer ya crecido.

—El almirante suele tardar algo en contestar —dijo la recepcionista.

Ramsey asintió, miró hacia la puerta que estaba tras ella. Tenía unas letras de oro sobre un pesado panel de roble: *SALA DE CONFERENCIAS —Seg. 1. Seguridad Uno.* Sobre el fondo de ruidos de oficina, pudo distinguir el chirriante zumbido de un aparato distorsionador de escuchas.

Por su mente pasaban las preguntas que se hacía a sí mismo y que jamás podría evitar, las dudas que le habían llevado a ser un psicólogo: *Si me encomiendan un trabajo chapucero, ¿podré hacerlo? ¿Qué pasará si lo rechazo?*

—Puede dejarla sobre la mesa —dijo la recepcionista señalando la caja de madera negra, de unos treinta centímetros de lado, que Ramsey llevaba bajo el brazo izquierdo.

—No pesa —dijo—. Tal vez el almirante no le ha oído antes. ¿Puede probar de nuevo?

—Me oyó —dijo ella—. Está ocupado en una reunión con gente de muchos galones. —Señaló con su mentón hacia la caja—. ¿Esto es lo que están esperando?

—¿Y por qué no podrían estar esperándome a mí?

Ella arrugó la nariz.

—Allí dentro hay galones suficientes para echar a pique a un remolcador submarino. Dudo que estén esperando a un alférez. Estamos en guerra, señor. Usted no es más que el chico de los recados.

Ramsey se sintió ofendido. *Insolente mala pécora, pensó. Estoy seguro de que no aceptas una cita de quien no sea comandante, por lo menos. Quería decir algo hiriente, pero no se le ocurrían las palabras oportunas.*

La recepcionista volvió a colocar el micrófono delante de su boca y siguió con su tarea mecanográfica.

Hace tanto tiempo que soy alférez que tengo que aguantar las impertinencias de una WAVE sin graduación, pensó, se volvió de espaldas a ella y siguió hablando consigo mismo. ¿Qué deben querer de mí? ¿Se tratará de aquella faena en el Dolphin? No. Obe me lo habría dicho. Debe tratarse de algo importante, supongo. Puede que sea una gran ocasión para mí.

Oyó que la recepcionista, a sus espaldas, sacaba la hoja de papel de la máquina y metía otra.

Si me dan un puesto importante y regreso convertido en un héroe, ésta será una de aquéllas que querrán desplazar a Janet de mi lado. El mundo está lleno de hembras así.

¿Qué querrán de mí estos tíos de la Sección I?

Obe sólo le había dicho que cogiera el equipo de telemetría para el calibrado por control remoto del Vampire y estuviera frente a la puerta de la Sección I a las 14.00. Nada más. Ramsey echó un vistazo a su reloj de pulsera. Todavía faltaba un minuto.

—¿Alférez Ramsey? —Una voz masculina acababa de sonar detrás de él. Ramsey se dio la vuelta. La puerta de la sala de conferencias estaba abierta. Un capitán de navío,

de pelo canoso, se asomaba por ella con la mano apoyada en su borde. Detrás del capitán, Ramsey vio una mesa alargada que tenía esparcidos por encima muchos papeles, mapas, lápices y ceniceros repletos. Alrededor de aquella mesa unos hombres uniformados estaban sentados en sillones y parecían formar parte del mobiliario. Sobre la escena flotaba una nube azul de humo de tabaco.

—A sus órdenes, señor. Se presenta el alférez Ramsey.

El capitán de navío miró la caja que Ramsey llevaba bajo el brazo, se hizo a un lado y dijo:

—Entre, por favor.

Ramsey esquivó la mesa de recepción y entró en la sala. El capitán cerró la puerta y le indicó una silla que estaba en el extremo más alejado de la mesa.

—Siéntese allí, por favor.

¿Dónde está el jefe?, se preguntaba Ramsey. Su mirada se paseó por la sala y entonces vio a Obe. Un civil de mejillas chupadas, con una rala barba de chivo que remataba su estrecha cara de pájaro. Estaba sentado entre dos voluminosos comodors y parecía un prisionero entre sus guardianes. Los ojos del diminuto civil, cegados por las radiaciones, estaban dirigidos hacia el frente. El bulto de un dispositivo de visión artificial que llevaba encima de uno de sus hombros le daba un curioso aspecto asimétrico.

Ramsey se sentó en la silla que le habían indicado, y se permitió una risa interior cuando pensó en los dos comodors que estaban de guardia junto al doctor Richmond Oberhausen, director de Bupsicología. *Obe podía dejarlos reducidos a jalea temblorosa con sólo diez palabras.*

El capitán que había franqueado la entrada a Ramsey ocupó una silla bastante alejada de la suya. Ramsey colocó la caja negra sobre su regazo, y advirtió que los ojos de todos seguían su movimiento.

Obe debe haberles hablado de mi pequeño invento, pensó.

El zumbido del distorsionador de escuchas sonaba muy fuerte dentro de aquella habitación. Aquello era algo que a Ramsey le producía una fuerte dentera. Cerró los ojos durante un momento y consiguió hacer desaparecer aquella sensación, volvió a abrirlos y observó detenidamente a los que le estaban examinando. Reconoció algunas de las caras.

Todos eran peces muy gordos.

Directamente delante de él, al otro extremo de la mesa, estaba el almirante Belland, su máximo responsable de seguridad. Era un gigante de ojos de acero, con una nariz ganchuda y con una boca que no era más que una rendija.

Parece un pirata, pensó Ramsey.

El almirante Belland se aclaró la garganta con un fuerte rugido y dijo:

—Caballeros, éste es el alférez de quien estábamos hablando.

Las cejas de Ramsey se alzaron un poco. Miró la cara impassible del doctor Oberhausen. El jefe de BuPsic parecía estar esperando algo.

—Ya conocen ustedes la calificación de seguridad del alférez —dijo Belland—. Se supone que podemos hablar con toda libertad delante de él. ¿Alguno de ustedes quiere preguntarle...?

—Perdónenme, por favor. —El doctor Oberhausen se levantó de entre los dos comodors con un movimiento lento y seguro—. No he puesto al corriente al señor Ramsey de los detalles de esta reunión. En vista de la misión en que estamos pensando, parecería más humano si no lo tratáramos como una mercancía. —Los ojos sin vista se dirigieron hacia Belland—. ¿Eh, almirante?

Belland se inclinó hacia adelante.

—Claro que sí, doctor. A eso iba.

La voz del almirante denotaba un cierto tono entre el miedo y el respeto.

Ramsey pensó: *Obe está llevando esta reunión tal como él quiere, y como estos pájaros no están seguros, les está ganando por la mano. Ahora, probablemente, quiere darme pie para que le ayude a apretarles.*

El doctor Oberhausen volvió a sentarse, con un gesto rígido, duro. Era como un signo de puntuación.

La silla de Belland rascó el suelo. Se puso en pie, se acercó a la pared lateral de su izquierda y señaló hacia un mapa en proyección polar del hemisferio norte.

—Alférez Ramsey, hemos perdido veinte remolcadores submarinos en estas aguas, durante las últimas semanas —dijo, y se volvió hacia Ramsey como si fuera un maestro a punto de planear un problema—. ¿Está usted al corriente de nuestra acuciante necesidad de petróleo?

¿Que si estaba al corriente? Ramsey logró suprimir una sonrisa irónica. Por su mente pasaba la lista casi interminable de regulaciones encaminadas al ahorro de combustible: inspecciones, impresos de solicitud, instrucciones especiales, gratificaciones por las innovaciones. Asintió.

El almirante prosiguió con su vozarrón de bajo:

—Durante casi dos años hemos conseguido petróleo suplementario de las reservas que están bajo los mares en las plataformas continentales costeras de las Potencias del Este. —Su mano izquierda hizo un gesto ambiguo sobre el mapa.

Ramsey abrió más los ojos. *¡Entonces, eran ciertos los rumores de que los servicios submarinos estaban pirateando el petróleo enemigo!*

—Hemos desarrollado una técnica de perforación submarina desde los remolcadores submarinos acondicionados —dijo Belland—. Utilizamos una bomba de alta velocidad y reducido rozamiento, que se completa con un nuevo tipo de barcaza de plástico.

La boca del almirante se distendió en lo que él probablemente imaginaba que era una sonrisa encantadora, pero

que sólo lograba darle un aspecto, todavía más acentuado, de pirata.

—Los muchachos llaman Babosa a la barcaza, y Mosquito, a la bomba.

Unas respetuosas risas obligadas resonaron por la sala. Ramsey se sonrió al ver la forzada reacción, y comprobó que el doctor Oberhausen mantenía su reputación de «Viejo de Cara de Piedra».

El almirante Belland dijo:

—Una *babosa* puede transportar casi cien millones de barriles de petróleo. Las Potencias del Este saben que están perdiendo petróleo. Saben cómo, pero no pueden estar seguros de dónde y cuándo. Somos más zorros que ellos. —La voz del almirante se alzó—. Nuestro sistema de localización es mejor. Nuestros planos silenciadores...

La voz quebradiza del doctor Oberhausen le interrumpió.

—Todo lo nuestro es superior, si exceptuamos la habilidad para evitar que nos hundan.

El almirante torció el gesto.

Ramsey aprovechó la ocasión para intervenir:

—¿Cuál ha sido el porcentaje de bajas de estos veinte remolcadores submarinos que hemos perdido, señor?

Un capitán con cara de búho, que estaba cerca de Belland, dijo secamente:

—De las últimas veinte misiones, hemos perdido las veinte.

—Un ciento por ciento —dijo el doctor Oberhausen, y sus ojos ciegos parecían mirar a través de la sala a un teniente coronel que tenía cara de remolacha—: Teniente coronel Turner, ¿quiere tener la amabilidad de mostrar al señor Ramsey el aparato que han descubierto sus muchachos?

El teniente coronel hizo rodar por encima de la mesa un cilindro negro del tamaño de un lapicero.

Fue pasando de mano en mano hasta que llegó a donde estaba Ramsey, que lo estudió.

—El trabajo del señor Ramsey, desde luego, está relacionado con la electrónica —dijo el doctor Oberhausen—. Es un especialista en los instrumentos para descubrir las memorias traumatizadas.

Ramsey captó enseguida la implicación. Era el omnisciente experto electrónico del BuPsiquiátrico. El «Hombre Que Conoce Tus Más Recónditos Pensamientos». *Ergo*: No hay que tener recónditos pensamientos en presencia de este hombre. Con un gesto ostentoso, Ramsey colocó sobre la mesa su caja negra. Dejó el cilindro a un lado de ella, arreglándoselas para dar la impresión de que ya había profundizado en los misterios del aparato y que los había interpretado y decidido que, en cierta manera, era de calidad inferior.

¿Qué diablos puede ser esto?, se preguntó.

—Probablemente se habrá dado usted cuenta de que es una emisora de onda direccional —dijo Belland.

Ramsey miró la superficie lisa del cilindro negro. *¿Qué pasaría si les dijera a estos tipos que tengo visión de rayos X?, se preguntó a sí mismo. Obe debe haberlos hipnotizado.*

Belland transfirió su tono de respeto y miedo a Ramsey.

—Las Potencias del Este han colocado estas cosas a bordo de nuestros remolcadores submarinos. Opinamos que hay algún dispositivo de acción retardada que los conecta cuando están en alta mar. Por desgracia, hasta ahora no hemos podido desmontar uno de ellos sin que explotara la carga antimanipulación que llevan.

Ramsey miró al doctor Oberhausen y luego de nuevo a Belland, dando a entender sin palabras: «Bien, si pasan el problema a BuPsicología...».

El almirante, que quiso defender el orgullo de su Departamento, dijo:

—Turner cree que ya tiene la solución.

Ramsey miró al teniente coronel con cara de remolacha. *Y si te equivocas te vas a convertir en el último mono de la última categoría*, pensó.

El teniente coronel intentó pasar desapercibido.

—Podría ser que a bordo de los submarinos hubiera agentes enemigos que los pusieran en marcha —dijo el comodoro que estaba a la derecha del doctor Oberhausen.

—Para hacer más corto este largo cuento —comentó el doctor Oberhausen—, estos dispositivos han servido para conducir al enemigo hasta nuestros pozos secretos.

—El verdadero problema —dijo Belland— es que nos están atacando con «agentes dormidos» (personas que las Potencias del Este han situado entre nosotros, desde mucho antes del inicio de la guerra, con órdenes de esperar el momento oportuno) que se han emboscado en los sitios más impensables. —Puso mala cara—. Por ejemplo, mi chofer... —se calló, miró con su gesto adusto a Ramsey—. Estamos razonablemente seguros de que usted no es un agente dormido.

—¿Razonablemente seguros? —preguntó Ramsey.

—Estoy razonablemente seguro de que ninguno de los aquí presentes es un agente dormido —gruñó Belland—. Pero no puedo llegar más lejos. —Se volvió hacia el mapa de la pared y señaló una posición en el mar de Barents—. Ésta es la isla de Novaya Zemlya. Junto a su costa oeste hay unos estrechos bajíos cuyo borde está a unos trescientos metros de profundidad y es muy pronunciado. Tenemos un pozo en el lateral de este bajío que llega a uno de los depósitos de petróleo más ricos que jamás hayamos encontrado. Las Potencias del Este no se han enterado de que existe... todavía.

El doctor Oberhausen puso una huesuda mano sobre la mesa y la golpeó una vez con un dedo.

—Debemos asegurarnos de que el señor Ramsey comprende la importancia del factor moral. —Se volvió hacia Ramsey—. Ha de saber usted que ha resultado imposible

mantener un secreto absoluto sobre nuestras bajas. Como resultado de esto, la moral en los remolcadores submarinos ha quedado reducida a casi cero. Y necesitamos *buenas* noticias.

—Turner, siga usted a partir de aquí —dijo Belland.

El almirante regresó a su butaca y se dejó caer en ella de un modo similar al de un navío de guerra que entrara en dique seco.

Turner enfocó sus lagrimosos ojos sobre Ramsey.

—Hemos cribado una y otra vez, y luego vuelto a cribar, a todas las tripulaciones de nuestros remolcadores submarinos. Hemos encontrado una que parece buena. Sus miembros están ahora en el Campamento de Reposo de Carden Glen y está previsto que vengan aquí dentro de cinco semanas. Desde luego, entre ellos no hay un oficial experto en electrónica.

Ramsey pensó: *¡Por la penosa memoria del gran Freud! ¿Es que intentan convertirme por arte de magia en un submarinista?*

Como si hubiera podido leer sus pensamientos, el doctor Oberhausen dijo:

—Aquí es donde entra usted, Ramsey —inclinó su cabeza en dirección a Turner—. Le ruego que me perdone, teniente coronel, pero esto nos está llevando demasiado tiempo.

Turner lanzó una mirada a Belland, y se hundió en su asiento.

—Desde luego, doctor.

El doctor Oberhausen se puso en pie y demostró nuevamente su peculiar aire de absoluta seguridad en sí mismo.

—Esto entra en el campo de mi especialidad, desde luego. Sepa usted, Ramsey, que el anterior oficial de electrónica sufrió una alteración psicótica al final de su última misión. Se trata del mismo problema de los hombres del *Dolphin* a quienes ha estado tratando usted, aunque en